

Don Bosco con sus Salesianos

Si con sus muchachos Don Bosco bromeaba alegremente al verlos alegres y serenos, también con sus Salesianos revelaba en broma la estima que les tenía, el deseo de verlos formar con él una gran familia, pobre sí, pero confiada en la Divina Providencia, unida en la fe y en la caridad.

Los feudos de Don Bosco

En 1830 Margarita Occhiena, viuda de Francisco Bosco, hizo la división de los bienes heredados de su marido entre su hijastro Antonio y sus dos hijos José y Juan. Consistía, entre otras cosas, en ocho parcelas de tierra como prado, campo y viñedo. No sabemos nada preciso sobre los criterios seguidos por Mamá Margarita para repartir la herencia paterna entre los tres. Sin embargo, entre las parcelas había una viña cerca de los Becchi (en Bric dei Pin), un campo en Valcapone (o Valcappone) y otro en Bacajan (o Bacaiau). En cualquier caso, estas tres tierras constituyen los “feudos” que Don Bosco denomina a veces jocosamente como de su propiedad.

I Becchi, como todos sabemos, son la humilde aldea del caserío donde nació Don Bosco; Valcapponé (o Valcapone) era un lugar al este del Colle, bajo la Serra di Capriglio, pero abajo en el valle, en la zona conocida como Sbaruau (= hombre del saco), porque estaba densamente arbolada con unas cuantas chozas escondidas entre las ramas que servían de lugar de almacenamiento para los lavaderos y de refugio para los bandoleros. Bacajan (o Bacaiau) era un campo al este del Colle, entre las parcelas de Valcapone y Morialdo. He aquí los “feudos” de Don Bosco.

Las Memorias Biográficas dicen que durante algún tiempo Don Bosco había conferido títulos nobiliarios a sus colaboradores laicos. Así fue el Conde de los Becchi, el Marqués de Valcappone, el Barón de Bacaiau, las tres tierras que Don Bosco debió conocer como parte de su herencia. “Con estos títulos llamaba a Rossi, Gastini, Enria, Pelazza, Buzzetti, no

sólo en casa sino también fuera, sobre todo cuando viajaba con algunos de ellos” (MB VIII, 198-199).

Entre estos “nobles” salesianos, sabemos con certeza, que el Conde de los I Becchi (o del Bricco del Pino) era Rossi José, el primer salesiano laico, o “Coadjutor” que amó Don Bosco como a un hijo afectuosísimo y le fue fiel para siempre.

Un día Don Bosco fue a la estación de Porta Nuova y Rossi José lo acompañó llevando su maleta. Llegaron cuando el tren estaba a punto de partir y los vagones estaban abarrotados de gente. Don Bosco, al no encontrar asiento, se dirigió a Rossi y, en voz alta, le dijo:

– ¡Oh, señor Conde, lamento que se tome tantas molestias por mí!

– Imagínese Don Bosco, ¡es un honor para mí!

Algunos viajeros que estaban en las ventanillas, al oír aquellas palabras “Señor Conde” y “Don Bosco”, se miraron asombrados y uno de ellos gritó desde la carroza:

– ¡Don Bosco! ¡Señor Conde! Suba aquí, ¡todavía quedan dos asientos!

– Pero no quiero molestarles, – respondió Don Bosco.

– ¡Que suban! Es un honor para nosotros. Recogeré mis maletas, ¡caben perfectamente!

Y así el “Conde I Becchi” pudo subir al tren con Don Bosco y la maleta.

Las bombas y una choza

Don Bosco vivió y murió pobre. Para comer se contentaba con muy poco. Incluso un vaso de vino era ya demasiado para él, y lo aguaba sistemáticamente.

“A menudo se olvidaba de beber porque estaba absorto en otros pensamientos, y eran sus vecinos de mesa los que se lo servían en el vaso. Y entonces, si el vino era bueno, buscaba inmediatamente agua “para que supiera mejor”, decía. Y añadía con una sonrisa: “He renunciado al mundo y al diablo, pero no a las pompas”, aludiendo a las trompetas que sacan agua del pozo” (MB IV, 191-192).

Incluso para el alojamiento sabemos cómo vivió. El 12 de

septiembre de 1873 se celebró la Conferencia General de los Salesianos para reelegir un Ecónomo y tres Consejeros. En aquella ocasión Don Bosco pronunció palabras memorables y proféticas sobre el desarrollo de la Congregación. Luego, cuando le tocó hablar del Capítulo Superior, que a estas alturas parecía necesitar una residencia adecuada, dijo, en medio de la hilaridad universal: “Si fuera posible, me gustaría hacer una “sopanta” (léase: supanta = choza) en medio del patio, donde el Capítulo pudiera estar separado del resto de los mortales. Pero como sus miembros todavía tienen derecho a estar en esta tierra, ipueden quedarse ahora aquí, ahora allí, en diferentes casas, según les parezca mejor!” (MB X, 1061-1062).

Otis, botis, pija tutis

Un joven le preguntó un día cómo conocía el futuro y adivinaba tantas cosas secretas. Él le respondió:

– “Escúchame. El medio es éste, y se explica por: Otis, botis, pija tutis. ¿Sabes lo que significan estas palabras? Ten cuidado. Son palabras griegas, y, – deletreándolas, repitió: – O-tis, bo-tis, pi-ja tu-tis. ¿Lo entendéis?

– ¡Esto es un asunto serio!

– Yo también lo sé. Nunca he querido manifestar a nadie lo que significa este lema. Y nadie lo sabe, ni lo sabrá nunca, porque no me conviene contarlo. Es mi secreto con el que trabajo cosas extraordinarias, leo conciencias, conozco misterios. Pero si sois listos, podréis entenderlo.

Y repitió esas cuatro palabras, señalando con el dedo índice la frente, la boca, la barbilla y el pecho del joven. Acabó abofeteándole de repente. El joven se rio, pero insistió:

– ¡Al menos tradúceme las cuatro palabras!

– Yo puedo traducirlas, pero tú no entenderás la traducción.

Y bromeando le dijo en dialecto piamontés

– Quand ch’at dan ed bòte, pije tute (Cuando te peguen, recíbelos todos) (MB VI, 424). Y quería decir que, para llegar a ser santo, hay que aceptar todos los sufrimientos que nos depara la vida.

Patrono de los hojalateros

Todos los años, los jóvenes del Oratorio de San León de Marsella hacían una excursión a la villa del Sr. Olive, generoso benefactor de los Salesianos. En esa ocasión, el padre y la madre servían a los superiores a la mesa, y sus hijos a los alumnos.

En 1884, la excursión tuvo lugar durante la estancia de Don Bosco en Marsella.

Mientras los alumnos se divertían en los jardines, la cocinera corrió a avisar a la Señora Olive:

– Señora, la olla de sopa para los chicos está goteando y no hay manera de remediarlo. Tendrán que quedarse sin sopa.

La señora, que tenía mucha fe en Don Bosco, tuvo una idea. Llamó a todos los jóvenes:

– Escuchad -les dijo-, si queréis tomar la sopa, arrodillaos aquí y rezad una oración a Don Bosco para que la olla se estanque.

Obedecieron. Al instante, la olla dejó de gotear. Pero Don Bosco, al enterarse, se rio a carcajadas, diciendo:

– A partir de ahora llamarán a Don Bosco patrono de los hojalateros (MB XVII, 55-56).

El oratorio festivo de Valdocco

En 1935, tras la canonización de Don Bosco en 1934, los salesianos se ocuparon de recoger testimonios sobre él. Un tal Pietro Pons, que de niño había asistido al oratorio festivo de Valdocco durante unos diez años (de 1871 a 1882), y que también había cursado dos años de escuela primaria (con las aulas bajo la Basílica de María Auxiliadora) el 8 de noviembre

dio un hermoso testimonio de aquellos años. Extractamos algunos pasajes del mismo, casi todos inéditos.

La figura de Don Bosco

Era el centro de atracción de todo el Oratorio. Así lo recuerda nuestro antiguo oratoriano Pietro Pons a finales de los años 70: "Ya no tenía vigor, pero siempre estaba tranquilo y sonriente. Tenía dos ojos que perforaban y penetraban la mente. Aparecía entre nosotros: era una alegría para todos. D. Rua, D. Lazzerio estaban a su lado como si tuvieran al Señor en medio de ellos. D. Barberis y todos los muchachos corrían hacia él, rodeándolo, algunos caminando a los costados, otros detrás de él para tener el rostro vuelto hacia él. Era una fortuna, un codiciado privilegio poder estar cerca de él, hablar con él. Se paseaba hablando y mirando a todo el mundo con esos dos ojos que giraban a todos los lados, electrizando los corazones de alegría".

Entre los episodios que se le han quedado grabados 60 años después, recuerda dos en particular: "Un día... apareció solo en la puerta principal del santuario. Entonces una bandada de muchachos se abalanzó sobre él como una ráfaga de viento. Pero él sostiene en la mano el paraguas, que tiene un mango y una asta tan gruesa como la de los campesinos. Lo levanta y, utilizándolo como una espada, hace malabarismos para repeler aquel afectuoso asalto, ahora a la derecha, ahora a la izquierda, para abrirse paso. Toca a uno con la punta, a otro a un lado, pero mientras tanto los otros se acercan por el otro lado. Así continúa el juego, la broma, alegrando los corazones, deseosos de ver al buen Padre regresar de su viaje. Parecía un cura de pueblo, pero de los buenos".

Los juegos y el pequeño teatro

Un oratorio salesiano sin juegos es impensable. El anciano antiguo alumno recuerda: "el patio estaba ocupado por un edificio, la iglesia de María A. y al fondo un muro bajo... una especie de caseta descansaba en la esquina izquierda, donde siempre había alguien para vigilar a los que entraban... Nada

más entrar a la derecha, había un columpio con un solo asiento, luego las barras paralelas y la barra fija para los niños mayores, que se divertían haciendo sus piruetas y saltos mortales, y también el trapecio, y el paso volador simple, que estaban, sin embargo, cerca de las sacristías, más allá de la capilla de San José". Y de nuevo: "Este patio tenía una hermosa longitud y se prestaba muy bien a las carreras de velocidad que partían del lado de la iglesia y volvían allí a la vuelta. También se jugaba a los ataúdes rotos, a las carreras de sacos y a las piñatas. Estos últimos juegos se anunciaban desde el domingo anterior. También se jugaba a la cucaña, pero el árbol se plantaba con el extremo delgado en la parte inferior para que fuera más difícil subir. Había loterías y el boleto se pagaba a uno o dos céntimos. Dentro de la casita había una pequeña biblioteca guardada en un armario".

Al juego se unía el famoso "pequeño teatro" en el que se representaban auténticos dramas como "El hijo del cruzado", se cantaban los romances de Don Cagliero y se presentaban "musicales" como el del Zapatero personificado por el legendario Carlo Gastini [un brillante animador de los antiguos alumnos]. La obra, a la que asistían gratuitamente los padres, se celebraba en la sala situada bajo la nave de la iglesia de María A., pero el antiguo oratorio recuerda también que "una vez se representó en la casa Moretta [la actual iglesia parroquial, cerca de la plaza]. Allí vivía gente pobre en la más escuálida miseria. En los sótanos que se ven bajo el balcón había una pobre madre, que al mediodía llevaba a su Carlos, con el cuerpo rígido por una enfermedad, sobre los hombros para que tomara el sol".

Servicios religiosos y reuniones formativas

En el oratorio festivo no faltaban los servicios religiosos de los domingos por la mañana: santa misa con comunión, oraciones del buen cristiano; seguidos por la tarde de recreo, catecismo y sermón de don Giulio Barberis. Ya anciano, "D. Bosco nunca

venía a decir misa ni a predicar, sino sólo a visitar y a quedarse con los chicos durante el recreo... Los catequistas y los asistentes tenían a sus alumnos con ellos en la iglesia durante los oficios y les enseñaban el catecismo. A todos se les impartía una pequeña doctrina. Cada fiesta había que memorizar la lección y también la explicación". Las fiestas solemnes terminaban con una procesión y una merienda para todos: "A la salida de la iglesia después de la misa había un desayuno. Un joven a la derecha de la puerta daba la hogaza de pan, otro a la izquierda le ponía dos fetas de salami con un tenedor". Aquellos chicos se contentaban con poco, pero estaban encantados. Cuando los chicos internos se unían a los oratorianos para cantar las vísperas, sus voces se oían en Via Milano y Via Corte d'appello!

Las reuniones de los grupos de formación también se celebraban en el oratorio festivo. En la casita cercana a la iglesia de San Francisco, había "una sala pequeña y baja con capacidad para unas veinte personas... En la sala había una pequeña mesa para el conferenciante, había bancos para las reuniones y conferencias de los mayores en general, y de la Compañía de San Luis, casi todos los domingos".

¿Quiénes eran los oratorianos?

De sus casi 200 compañeros – aunque su número disminuía en invierno debido al regreso de los temporeros con sus familias – nuestro vivaracho anciano recordaba que muchos eran de Biella "casi todos 'bic', es decir, que llevaban el cubo de madera lleno de cal y la cesta de mimbre llena de ladrillos a los albañiles de los edificios". Otros eran "aprendices de albañil, mecánico, hojalatero". Pobres aprendices: trabajaban de la mañana a la noche todos los días y sólo los domingos podían permitirse un poco de recreo "en casa de Don Bosco" (como se llamaba su oratorio): "Jugábamos al burro que vuela, bajo la dirección del entonces señor Milanesio [futuro sacerdote que fue un gran misionero en la Patagonia]. El Sr. Ponzano, más tarde sacerdote, era profesor de gimnasia. Nos hacía hacer ejercicios con el peso corporal, con palos, y otros aparatos".

Los recuerdos de Pietro Pons son mucho más amplios, tan ricos en sugerencias lejanas, como impregnados de una sombra de nostalgia; esperan ser conocidos en su totalidad. Esperamos hacerlo pronto.

Devoción de Don Bosco al Sagrado Corazón de Jesús

La devoción al Sagrado Corazón de Jesús, muy querida por Don Bosco, nace de las revelaciones a Santa Margarita María Alacoque en el monasterio de Paray-le-Monial: Cristo, mostrando su Corazón traspasado y coronado de espinas, pidió una fiesta reparadora el viernes después de la Octava del Corpus Domini. A pesar de las oposiciones, el culto se extendió porque ese Corazón, sede del amor divino, recuerda la caridad manifestada en la cruz y en la Eucaristía. Don Bosco invita a los jóvenes a honrarlo constantemente, sobre todo en el mes de junio, recitando la Corona y realizando actos de reparación que obtienen abundantes indulgencias y las doce promesas de paz, misericordia y santidad.

La devoción al Sagrado Corazón de Jesús, que cada día crece más, escuchad, queridos jóvenes, cómo tuvo su origen. Vivía en Francia, en el monasterio de la Visitación de Paray le Monial, una humilde virgen llamada Margarita Alacoque, querida por Dios por su gran pureza. Un día, mientras estaba delante del Santísimo Sacramento para adorar al bendito Jesús, vio a su Esposo Celestial en el acto de descubrir su pecho y mostrarle su Sagrado Corazón, resplandeciente de llamas, rodeado de espinas, traspasado por una herida y coronado por una cruz. Al mismo tiempo, la oyó quejarse de la monstruosa ingratitud de los hombres y ordenarle que se esforzara para que el viernes

después de la Octava del *Corpus Domini* se rindiera un culto especial a su Divino Corazón en reparación de las ofensas que Él recibe en la Santísima Eucaristía. La piadosa doncella, llena de confusión, expuso a Jesús lo incapaz que era para tan grande empresa, pero fue consolada por el Señor para que continuara en su obra, y la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús fue establecida a pesar de la viva oposición de sus adversarios.

Los motivos de este culto son múltiples: 1º Porque Jesucristo nos ofreció su Sagrado Corazón como sede de sus afectos; 2º Porque es símbolo de la inmensa caridad que Él nos demostró especialmente al permitir que su Sagrado Corazón fuera traspasado por una lanza; 3º Porque de este Corazón se mueven los fieles a meditar los dolores de Jesucristo y a profesarle gratitud.

Honremos, pues, constantemente este Divino Corazón, que por los muchos y grandes beneficios que ya nos ha hecho y nos hará, merece toda nuestra más humilde y amorosa veneración.

Mes de junio

Quien consagre todo el mes de junio al honor del Sagrado Corazón de Jesús con alguna oración diaria o devoción, obtendrá 7 años de indulgencia por cada día y una indulgencia plenaria al final del mes.

Corona al Sagrado Corazón de Jesús

Recitad esta Corona al Divino Corazón de Jesús Cristo para reparar los ultrajes que recibe en la Sagrada Eucaristía por parte de los infieles, los herejes y los malos cristianos. Recitadla solos o en grupo, si es posible ante la imagen del Divino Corazón o ante el Santísimo Sacramento:

V. Deus, in adiutorium meum intende (Oh Dios, ven a salvarme).

R. Domine ad adjuvandum me festina (Señor, ven pronto en mi ayuda).

Gloria Patri, etc.

1. Oh, amabilísimo Corazón de mi Jesús, adoro humildemente

vuestra dulcísima amabilidad, que de manera singular mostráis en el Divino Sacramento a las almas aún pecadoras. Me duele veros correspondidos de manera tan ingrata, y quiero repararos las tantas ofensas que recibís en la Santísima Eucaristía de los herejes, de los infieles y de los malos cristianos.

Padre, Ave y Gloria.

2. Oh, humildísimo Corazón de mi Jesús Sacramentado, adoro tu profunda humildad en la Divina Eucaristía, ocultándote por amor nuestro bajo las especies del pan y del vino. ¡Oh, te lo ruego, Jesús mío, infunde en mi corazón esta virtud tan hermosa; yo, mientras tanto, procuraré compensarte por tantas ofensas que recibes en el Santísimo Sacramento por parte de los herejes, los infieles y los malos cristianos.

Padre, Ave y Gloria.

3. Oh, Corazón de mi Jesús, tan deseoso de sufrir, adoro esos deseos tan ardientes de encontrar tu dolorosa Pasión y de someterte a los agravios que tú mismo prevés en el Santísimo Sacramento. ¡Ah, Jesús mío! Tengo la sincera intención de compensarte con mi propia vida; quisiera impedir esas ofensas que, por desgracia, recibes en la Sagrada Eucaristía por parte de los herejes, los infieles y los malos cristianos.

Pater, Ave y Gloria.

4. Oh, corazón pacientísimo de mi Jesús, venero humildemente vuestra paciencia invencible al soportar por amor mío tantos dolores en la Cruz y tantos ultrajes en la Divina Eucaristía. ¡Oh, mi querido Jesús! Puesto que no puedo lavar con mi sangre aquellos lugares donde fuiste tan maltratado en uno y otro Misterio, te prometo, oh mi Bien Supremo, que usaré todos los medios para reparar a tu Divino Corazón tantos ultrajes que recibes en la Sagrada Eucaristía de los herejes, de los infieles y de los malos cristianos.

Padre, Ave y Gloria.

5. Oh Corazón de mi Jesús, amantísimo de nuestras almas en la

admirable institución de la Santísima Eucaristía, adoro humildemente ese amor inmenso que nos llevas al darnos tu Divino Cuerpo y tu Divina Sangre como alimento. ¿Qué corazón no se estremece ante la vista de tan inmensa caridad? ¡Oh, mi buen Jesús! Dadme lágrimas abundantes para llorar y reparar tantas ofensas que recibís en el Santísimo Sacramento de los herejes, los infieles y los malos cristianos.

Pater, Ave y Gloria.

6. Oh Corazón de mi Jesús sediento de nuestra salvación, venero humildemente ese amor ardiente que os impulsó a realizar el Sacrificio inefable de la Cruz, renovándolo cada día en los Altares en la Santa Misa. ¿Es posible que ante tanto amor no arda el corazón humano lleno de gratitud? Sí, por desgracia, oh Dios mío; pero para el futuro te prometo hacer todo lo que pueda para reparar tantos ultrajes que recibes en este Misterio de amor por parte de los herejes, los infieles y los malos cristianos.

Pater, Ave y Gloria.

Quien recite solo los seis *Padrenuestros*, *Ave Marías* y *Glorias* ante el Santísimo Sacramento, diciendo el último *Padrenuestro*, *Ave María* y *Gloria* según la intención del Sumo Pontífice, obtendrá 300 días de indulgencia cada vez.

Promesas hechas por Jesucristo

a la beata Margarita Alacoque para los devotos de su Divino Corazón

Les daré todas las gracias necesarias en su estado.

Haré reinar la paz en sus familias.

Los consolaré en todas sus aflicciones.

Seré su refugio seguro en la vida, pero especialmente en la hora de la muerte.

Colmaré de bendiciones todas sus empresas.

Los pecadores encontrarán en mi Corazón la fuente y el océano infinito de la misericordia.

Las almas tibias se volverán fervientes.

Las almas fervientes ascenderán rápidamente a una gran perfección.

Bendeciré la casa donde se exponga y se honre la imagen de mi Sagrado Corazón.

Daré a los sacerdotes el don de conmover los corazones más endurecidos.

El nombre de las personas que propaguen esta devoción estará escrito en mi Corazón y nunca será borrado.

Acto de reparación contra las blasfemias.

Bendito sea Dios.

Bendito sea su Santo Nombre.

Bendito sea Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre.

Bendito sea el nombre de Jesús.

Bendito sea Jesús en el Santísimo Sacramento del Altar.

Bendito sea su Amabilísimo Corazón.

Bendita sea la gran Madre de Dios, María Santísima.

Bendito sea el nombre de María, Virgen y Madre.

Bendita sea su Santa e Inmaculada Concepción.

Bendito sea Dios en sus Ángeles y en sus Santos.

Se concede una indulgencia de *un año* por cada vez: y *plena* a quien lo recite durante un mes, en el día en que haga la Santa Confesión y la Comunión.

Ofrenda al Sagrado Corazón de Jesús ante su santa imagen

Yo, NN., para estaros agradecido y reparar mis infidelidades, os entrego mi corazón y me consagro enteramente a vos, mi amable Jesús, y con vuestra ayuda me propongo no volver a pecar.

El Pontífice Pío VII concedió cien días de indulgencia una vez al día, recitándola con corazón contrito, y plenaria una vez al mes, a quien la recite todos los días.

Oración al Sagrado Corazón de María

Dios te salve, Augustísima Reina de la Paz, Madre de Dios; por

el Sagrado Corazón de tu Hijo Jesús, Príncipe de la Paz, haz que se apacigüe su ira y que reine sobre nosotros en paz. Acuérdate, oh Virgen María, que nunca se ha oído en el mundo que hayas rechazado o abandonado a nadie que implorara tus favores. Animado por esta confianza, me presento ante ti: no desprecies, oh Madre del Verbo Eterno, mis ruegos, sino escúchalos favorablemente y dignate atenderlos, oh Clemente, oh Piadosa, oh Dulce Virgen María.

Pío IX concedió la indulgencia de 300 días cada vez que se recite devotamente esta oración, y la indulgencia plenaria una vez al mes a quien la haya recitado todos los días.

Oh Jesús, ardiente de amor,
Nunca te ofendí;
Oh, mi dulce y buen Jesús,
No quiero ofenderte más.

Sagrado Corazón de María,
Haz que salve mi alma.
Sagrado Corazón de mi Jesús,
Haz que te ame cada vez más.

A vos entrego mi corazón,
Madre de mi Jesús, Madre de amor.

(Fuente: «Il Giovane Provveduto per la pratica de' suoi doveri negli esercizi di cristiana pietà per la recita dell'Uffizio della b. Vergine dei vespri di tutto l'anno e dell'uffizio dei morti coll'aggiunta di una scelta di laudi sacre, pel sac. Giovanni Bosco, 101ª edición, Turín, 1885, Tipografía y Librería Salesiana, S. Benigno Canavese – S. Per d'Arena – Lucca – Nizza Marittima – Marsella – Montevideo – Buenos Aires», pp. 119-124 [Obras publicadas, pp. 247-253]).

Foto: Estatua del Sagrado Corazón en bronce dorado sobre el campanario de la Basílica del Sagrado Corazón en Roma, donada por los exalumnos salesianos de Argentina. Erigida en 1931, es una obra realizada en Milán por Riccardo Politi según el

diseño del escultor Enrico Cattaneo de Turín.

Don Bosco y el Sagrado Corazón. Custodiar, reparar, amar

En 1886, en vísperas de la consagración de la nueva Basílica del Sagrado Corazón en el centro de Roma, el «Boletín Salesiano» quiso preparar a sus lectores –colaboradores, benefactores, jóvenes, familias– para un encuentro vital con «el Corazón traspasado que sigue amando». Durante todo un año, la revista presentó ante los ojos del mundo salesiano un auténtico «rosario» de meditaciones: cada número vinculaba un aspecto de la devoción a una urgencia pastoral, educativa o social que Don Bosco –ya agotado, pero muy lúcido– consideraba estratégica para el futuro de la Iglesia y de la sociedad italiana. Casi ciento cuarenta años después, esa serie sigue siendo un pequeño tratado de espiritualidad del corazón, escrito en un tono sencillo pero lleno de ardor, capaz de conjugar contemplación y práctica. Presentamos aquí una lectura unitaria de ese recorrido mensual, mostrando cómo la intuición salesiana sigue hablando hoy.

Febrero – La guardia de honor: velar por el Amor herido

El nuevo año litúrgico se abre, en el *Boletín*, con una invitación sorprendente: no solo adorar a Jesús presente en el sagrario, sino «hacerle guardia», un turno de una hora elegido libremente en el que cada cristiano, sin interrumpir sus actividades cotidianas, se convierte en centinela amoroso que consuela al Corazón traspasado por la indiferencia del

carnaval. La idea, nacida en Paray-le-Monial y florecida en muchas diócesis, se convierte en un programa educativo: transformar el tiempo en espacio de reparación, enseñar a los jóvenes que la fidelidad nace de pequeños actos constantes, hacer de la jornada una liturgia difundida. El voto asociado –destinar los ingresos del *Manual de la Guardia de Honor* a la construcción de la basílica romana– revela la lógica salesiana: la contemplación que se traduce inmediatamente en ladrillos, porque la verdadera oración edifica (literalmente) la casa de Dios.

Marzo – Caridad creativa: el sello salesiano

En la gran conferencia del 8 de mayo de 1884, el cardenal Parocchi resumió la misión salesiana en una palabra: «caridad». El *Boletín* retoma ese discurso para recordar que la Iglesia conquista el mundo más con gestos de amor que con disputas teóricas. Don Bosco no funda escuelas de élite, sino hospicios populares; no saca a los chicos del entorno solo para protegerlos, sino para devolverlos a la sociedad como ciudadanos sólidos. Es la caridad «según las necesidades del siglo»: respuesta al materialismo no con polémicas, sino con obras que muestran la fuerza del Evangelio. De ahí la urgencia de un gran santuario dedicado al Corazón de Jesús: hacer que en el corazón de Roma se eleve un signo visible de ese amor que educa y transforma.

Abril – Eucaristía: «obra maestra del Corazón de Jesús»

Para Don Bosco, nada es más urgente que devolver a los cristianos a la Comunión frecuente. El *Boletín* recuerda que «no hay catolicismo sin la Virgen y sin la Eucaristía». La mesa eucarística es «el origen de la sociedad cristiana»: de ella nacen la fraternidad, la justicia y la pureza. Si la fe languidece, hay que reavivar el deseo del Pan vivo. No es casualidad que san Francisco de Sales confiara a las Visitandinas la misión de custodiar el Corazón eucarístico: la devoción al Sagrado Corazón no es un sentimiento abstracto, sino un camino concreto que conduce al sagrario y desde allí

se derrama por las calles. Y es de nuevo la obra romana la que sirve de verificación: cada lira ofrecida para la basílica se convierte en un «ladrillo espiritual» que consagra a Italia al Corazón que se entrega.

Mayo – El Corazón de Jesús resplandece en el Corazón de María

El mes mariano lleva al *Boletín* a entrelazar las dos grandes devociones: entre los dos Corazones existe una profunda comunión, simbolizada por la imagen bíblica del «espejo». El Corazón inmaculado de María refleja la luz del Corazón divino, haciéndola soportable a los ojos humanos: quien no se atreve a mirar fijamente al Sol, mira su resplandor reflejado en la Madre. Culto de latría para el Corazón de Jesús, de «hiperdulia» para el de María: distinción que evita los equívocos de los polemistas jansenistas de ayer y de hoy. El *Boletín* desmonta las acusaciones de idolatría e invita a los fieles a un amor equilibrado, donde la contemplación y la misión se alimentan mutuamente: María introduce al Hijo y el Hijo conduce a la Madre. Con vistas a la consagración del nuevo templo, se pide unir las dos invocaciones que se alzan sobre las colinas de Roma y Turín: Sagrado Corazón de Jesús y María Auxiliadora.

Junio – Consolaciones sobrenaturales: el amor que obra en la historia

Doscientos años después de la primera consagración pública al Sagrado Corazón (Paray-le-Monial, 1686), el *Boletín* afirma que la devoción responde a la enfermedad de la época: «enfriamiento de la caridad por exceso de iniquidad». El Corazón de Jesús –Creador, Redentor, Glorificador– se presenta como el centro de toda la historia: desde la creación hasta la Iglesia, desde la Eucaristía hasta la escatología. Quien adora ese Corazón entra en un dinamismo que transforma la cultura y la política. Por eso, el papa León XIII pidió a todos que acudieran al santuario romano: monumento de reparación, pero también «dique» contra el «río inmundo» del error moderno. Es un llamamiento que suena

actual: sin caridad ardiente, la sociedad se deshilacha.

Julio – Humildad: el rostro de Cristo y del cristiano

La meditación estival elige la virtud más descuidada: la humildad, «gema trasplantada por la mano de Dios en el jardín de la Iglesia». Don Bosco, hijo espiritual de san Francisco de Sales, sabe que la humildad es la puerta de las demás virtudes y el sello de todo verdadero apostolado: quien sirve a los jóvenes sin buscar visibilidad hace presente «el ocultamiento de Jesús durante treinta años». El *Boletín* desenmascara la soberbia disfrazada de falsa modestia e invita a cultivar una doble humildad: la del intelecto, que se abre al misterio, y la de la voluntad, que obedece a la verdad reconocida. La devoción al Sagrado Corazón no es sentimentalismo: es escuela de pensamiento humilde y de acción concreta, capaz de construir la paz social porque elimina del corazón el veneno del orgullo.

Agosto – Mansedumbre: la fuerza que desarma

Después de la humildad, la mansedumbre: virtud que no es debilidad, sino dominio de sí mismo, «el león que engendra miel», dice el texto refiriéndose al enigma de Sansón. El Corazón de Jesús se muestra manso al acoger a los pecadores, firme en la defensa del templo. Se invita a los lectores a imitar ese doble movimiento: dulzura hacia las personas, firmeza contra el error. San Francisco de Sales vuelve a ser modelo: con tono apacible derramó ríos de caridad en la turbulenta Ginebra, convirtiendo más corazones de los que habrían conquistado las duras polémicas. En un siglo que «pecaba de no tener corazón», construir el santuario del Sagrado Corazón significaba erigir un gimnasio de mansedumbre social, una respuesta evangélica al desprecio y a la violencia verbal que ya entonces envenenaban el debate público.

Septiembre – Pobreza y cuestión social: el Corazón que reconcilia a ricos y pobres

El estruendo del conflicto social, advierte el *Boletín*, amenaza con «reducir a escombros el edificio

civil». Estamos en plena «cuestión obrera»: los socialistas agitan a las masas, el capital se concentra. Don Bosco no niega la legitimidad de la riqueza honesta, pero recuerda que la verdadera revolución comienza en el corazón: el Corazón de Jesús proclamó bienaventurados a los pobres y vivió en primera persona la pobreza. El remedio pasa por una solidaridad evangélica alimentada por la oración y la generosidad. Hasta que no se termine el templo romano –escribe el periódico–, faltará el signo visible de la reconciliación. En las décadas siguientes, la doctrina social de la Iglesia desarrollará estas intuiciones, pero la semilla ya está aquí: la caridad no es limosna, es justicia que nace de un corazón transformado.

Octubre – La infancia: sacramento de la esperanza

«Ay de aquel que escandaliza a uno de estos pequeños»: en boca de Jesús, la invitación se convierte en advertencia. El *Boletín* recuerda los horrores del mundo pagano contra los niños y muestra cómo el cristianismo ha cambiado la historia al confiar a los pequeños un lugar central. Para Don Bosco, la educación es un acto religioso: en la escuela y en el oratorio se guarda el tesoro de la Iglesia futura. La bendición de Jesús a los niños, reproducida en las primeras páginas del periódico, es una manifestación del Corazón que «se estrecha como un padre» y anuncia la vocación salesiana: hacer de la juventud un «sacramento» que hace presente a Dios en la ciudad. Las escuelas, los colegios, los talleres no son opcionales: son la forma concreta de honrar el Corazón de Jesús vivo en los jóvenes.

Noviembre – Triunfos de la Iglesia: la humildad vence a la muerte

La liturgia recuerda a los santos y a los difuntos; el *Boletín* medita sobre el «triunfo manso» de Jesús que entra en Jerusalén. La imagen se convierte en clave de lectura de la historia de la Iglesia: se alternan los éxitos y las persecuciones, pero la Iglesia, como el Maestro, siempre resucita. Se invita a los lectores a no dejarse paralizar por

el pesimismo: las sombras del momento (leyes anticlericales, reducción de las órdenes, propaganda masónica) no borran el dinamismo del Evangelio. El templo del Sagrado Corazón, surgido entre la hostilidad y la pobreza, será el signo tangible de que «la piedra sellada ha sido removida». Colaborar en su construcción significa apostar por el futuro de Dios.

Diciembre – Bienaventuranza del dolor: la Cruz acogida por el corazón

El año se cierra con la más paradójica de las bienaventuranzas: «Bienaventurados los que lloran». El dolor, escándalo para la razón pagana, se convierte en el Corazón de Jesús en camino de redención y fecundidad. El *Boletín* ve en esta lógica la clave para leer la crisis contemporánea: las sociedades fundadas en el entretenimiento a toda costa producen injusticia y desesperación. Aceptado en unión con Cristo, en cambio, el dolor transforma los corazones, fortalece el carácter, estimula la solidaridad, libera del miedo. Incluso las piedras del santuario son «lágrimas transformadas en esperanza»: pequeñas ofrendas, a veces fruto de sacrificios ocultos, que construirán un lugar desde el que lloverán, promete el periódico, «torrentes de castas delicias».

Un legado profético

En el montaje mensual del *Boletín Salesiano* de 1886 llama la atención la pedagogía del crescendo: se parte de la pequeña hora de guardia y se llega a la consagración del dolor; del fiel individual a las obras nacionales; del tabernáculo atornillado del oratorio a los bastiones del Esquilino. Es un itinerario que entrelaza tres ejes fundamentales:

Contemplación: el Corazón de Jesús es ante todo un misterio que hay que adorar: vigilia, Eucaristía, reparación.

Formación: cada virtud (humildad, mansedumbre, pobreza) se propone como medicina social, capaz de curar las

heridas colectivas.

Construcción: la espiritualidad se convierte en arquitectura: la basílica no es un ornamento, sino un laboratorio de ciudadanía cristiana.

Sin forzar, podemos reconocer aquí el presagio de temas que la Iglesia desarrollará a lo largo del siglo XX: el apostolado de los laicos, la doctrina social, la centralidad de la Eucaristía en la misión, la protección de los menores, la pastoral del sufrimiento. Don Bosco y sus colaboradores captan los signos de los tiempos y responden con el lenguaje del corazón.

El 14 de mayo de 1887, cuando León XIII consagró la Basílica del Sagrado Corazón, a través de su vicario Cardenal Lucido María Parocchi, don Bosco – demasiado débil para subir al altar – asistió escondido entre los fieles. En ese momento, todas las palabras del *Boletín* de 1886 se convirtieron en piedra viva: la guardia de honor, la caridad educativa, la Eucaristía centro del mundo, la ternura de María, la pobreza reconciliadora, la bienaventuranza del dolor. Hoy esas páginas piden un nuevo aliento: nos toca a nosotros, consagrados o laicos, jóvenes o ancianos, continuar la vigilia, levantar obras de esperanza, aprender la geografía del corazón. El programa sigue siendo el mismo, sencillo y audaz: **guardar, reparar, amar.**

En la foto: Pintura del Sagrado Corazón, situada en el altar mayor de la Basílica del Sagrado Corazón de Roma. La obra fue encargada por Don Bosco y confiada al pintor Francesco de Rohden (Roma, 15 de febrero de 1817 – 28 de diciembre de 1903).

Don Bosco y las procesiones eucarísticas

Un aspecto poco conocido pero importante del carisma de san Juan Bosco son las procesiones eucarísticas. Para el santo de los jóvenes, la Eucaristía no era solo una devoción personal, sino una herramienta pedagógica y un testimonio público. En una Turín en transformación, don Bosco vio en las procesiones una oportunidad para fortalecer la fe de los jóvenes y anunciar a Cristo en las calles. La experiencia salesiana, que continuó en todo el mundo, muestra cómo la fe puede encarnarse en la cultura y responder a los desafíos sociales. Aún hoy, vividas con autenticidad y apertura, estas procesiones pueden convertirse en signos proféticos de fe.

Cuando se habla de san Juan Bosco (1815-1888) se piensa inmediatamente en sus oratorios populares, en la pasión educativa por los jóvenes y en la familia salesiana nacida de su carisma. Menos conocido, pero no por ello menos decisivo, es el papel que la devoción eucarística –y en particular las procesiones eucarísticas– tuvo en su obra. Para Don Bosco, la Eucaristía no era solo el corazón de la vida interior; también constituía una poderosa herramienta pedagógica y un signo público de renovación social en una Turín en rápida transformación industrial. Recorrer el vínculo entre el santo de los jóvenes y las procesiones con el Santísimo significa entrar en un laboratorio pastoral donde liturgia, catequesis, educación cívica y promoción humana se entrelazan de manera original y, en ocasiones, sorprendente.

Las procesiones eucarísticas en el contexto del siglo XIX

Para comprender a Don Bosco es necesario recordar que el siglo XIX italiano vivió un intenso debate sobre el papel público de la religión. Tras la época napoleónica y del movimiento risorgimentista, las manifestaciones religiosas en las calles de la ciudad ya no eran algo dado por sentado: en muchas

regiones se estaba delineando un estado liberal que miraba con recelo cualquier expresión pública del catolicismo, temiendo concentraciones masivas o resurgimientos “reaccionarios”. Sin embargo, las procesiones eucarísticas mantenían una fuerza simbólica muy poderosa: recordaban la señoría de Cristo sobre toda la realidad y, al mismo tiempo, hacían emerger una Iglesia popular, visible e encarnada en los barrios. Contra este trasfondo se destaca la obstinación de Don Bosco, que nunca renunció a acompañar a sus jóvenes en el testimonio de la fe fuera de los muros del oratorio, ya fueran las calles de Valdocco o los campos circundantes.

Desde los años de formación en el seminario de Chieri, Giovanni Bosco desarrolló una sensibilidad eucarística de sabor “misionero”. Las crónicas cuentan que a menudo se detenía en la capilla, después de las clases, largo tiempo en oración ante el tabernáculo. En las “Memorias del Oratorio” él mismo reconoce haber aprendido de su director espiritual, don Cafasso, el valor de “hacerse pan” para los demás: contemplar a Jesús que se entrega en la Hostia significaba, para él, aprender la lógica del amor gratuito. Esta línea atraviesa toda su historia: “Manténganse amigos de Jesús sacramentado y María Auxiliadora” repetirá a los jóvenes, señalando la comunión frecuente y la adoración silenciosa como pilares de un camino de santidad laical y cotidiana.

El oratorio de Valdocco y las primeras procesiones internas

En los primeros años cuarenta del siglo XIX, el oratorio turinés aún no poseía una iglesia propiamente dicha. Las celebraciones se realizaban en barracas de madera o en patios adaptados. Don Bosco, sin embargo, no renunció a organizar pequeñas procesiones internas, casi “ensayos generales” de lo que se convertiría en una práctica establecida. Los jóvenes llevaban cirios y estandartes, cantaban alabanzas marianas y, al final, se detenían alrededor de un altar improvisado para la bendición eucarística. Estos primeros intentos tenían una función eminentemente pedagógica: acostumbrar a los jóvenes a

una participación devota pero alegre, uniendo disciplina y espontaneidad. En la Turín obrera, donde a menudo la miseria desembocaba en violencia, desfilar ordenados con el pañuelo rojo al cuello ya era una señal contracorriente: mostraba que la fe podía educar al respeto de uno mismo y de los demás.

Don Bosco sabía bien que una procesión no se improvisa: se necesitan signos, cantos, gestos que hablen al corazón antes que a la mente. Por eso cuidaba personalmente la explicación de los símbolos. El baldaquino se convertía en la imagen de la tienda del encuentro, signo de la presencia divina que acompaña al pueblo en camino. Las flores esparcidas a lo largo del recorrido recordaban la belleza de las virtudes cristianas que deben adornar el alma. Los faroles, indispensables en las salidas nocturnas, aludían a la luz de la fe que ilumina las tinieblas del pecado. Cada elemento era objeto de una pequeña "predicación" convivencial en el refectorio o en la recreación, de modo que la preparación logística se entrelazara con la catequesis sistemática. ¿El resultado? Para los jóvenes, la procesión no era un deber ritual sino una ocasión de fiesta cargada de significado.

Uno de los aspectos más característicos de las procesiones salesianas era la presencia de la banda formada por los mismos alumnos. Don Bosco consideraba la música un antídoto contra el ocio y, al mismo tiempo, una poderosa herramienta de evangelización: "Una marcha alegre bien ejecutada –escribía– atrae a la gente como el imán atrae al hierro". La banda precedía al Santísimo, alternando piezas sacras con arias populares adaptadas con textos religiosos. Este "diálogo" entre fe y cultura popular reducía las distancias con los transeúntes y creaba alrededor de la procesión un aura de fiesta compartida. No pocos cronistas laicos testimoniaron haber sido "intrigados" por aquel grupo de jóvenes músicos disciplinados, tan diferente de las bandas militares o filarmónicas de la época.

Procesiones como respuesta a las crisis sociales

La Turín del siglo XIX conoció epidemias de cólera (1854 y 1865), huelgas, hambrunas y tensiones anticlericales. Don Bosco reaccionó a menudo proponiendo procesiones extraordinarias de reparación o de súplica. Durante el cólera de 1854 llevó a los jóvenes por las calles más afectadas, recitando en voz alta las letanías por los enfermos y repartiendo pan y medicinas. En ese momento nació la promesa –luego cumplida– de construir la iglesia de María Auxiliadora: “Si la Madonna salva a mis chicos, le levantaré un templo”. Las autoridades civiles, inicialmente contrarias a los cortejos religiosos por temor al contagio, tuvieron que reconocer la eficacia de la red de asistencia salesiana, alimentada espiritualmente precisamente por las procesiones. La Eucaristía, llevada entre los enfermos, se convertía así en un signo tangible de la compasión cristiana.

Contrariamente a ciertos modelos devocionales cerrados en las sacristías, las procesiones de Don Bosco reivindicaban un derecho de ciudadanía de la fe en el espacio público. No se trataba de “ocupar” las calles, sino de devolverlas a su vocación comunitaria. Pasar bajo los balcones, atravesar plazas y pórticos significaba recordar que la ciudad no es solo lugar de intercambio económico o de enfrentamiento político, sino de encuentro fraterno. Por eso Don Bosco insistía en un orden impecable: capas cepilladas, zapatos limpios, filas regulares. Quería que la imagen de la procesión comunicara belleza y dignidad, persuadiendo incluso a los observadores más escépticos de que la propuesta cristiana elevaba a la persona.

La herencia salesiana de las procesiones

Después de la muerte de Don Bosco, sus hijos espirituales difundieron la práctica de las procesiones eucarísticas en todo el mundo: desde las escuelas agrícolas de Emilia hasta las misiones de la Patagonia, desde los colegios asiáticos hasta los barrios obreros de Bruselas. Lo que importaba no era duplicar fielmente un rito piemontés, sino transmitir el

núcleo pedagógico: protagonismo juvenil, catequesis simbólica, apertura a la sociedad circundante. Así, en América Latina, los salesianos incorporaron danzas tradicionales al inicio del cortejo; en India adoptaron alfombras de flores según el arte local; en África subsahariana alternaron cantos gregorianos con ritmos polifónicos tribales. La Eucaristía se convertía en puente entre culturas, realizando el sueño de Don Bosco de “hacer de todos los pueblos una sola familia”.

Desde el punto de vista teológico, las procesiones de Don Bosco encarnan una fuerte visión de la presencia real de Cristo. Llevar el Santísimo “afuera” significa proclamar que el Verbo no se hizo carne para quedarse encerrado, sino para “plantar su tienda en medio de nosotros” (cf. Jn 1,14). Tal presencia pide ser anunciada en formas comprensibles, sin reducirse a un gesto intimista. En Don Bosco, la dinámica centrípeta de la adoración (reunir los corazones alrededor de la Hostia) genera una dinámica centrífuga: los jóvenes, alimentados en el altar, se sienten enviados a servir. De la procesión surgen micro-compromisos: asistir a un compañero enfermo, pacificar una pelea, estudiar con mayor diligencia. La Eucaristía se prolonga en las “procesiones invisibles” de la caridad cotidiana.

Hoy, en contextos secularizados o multirreligiosos, las procesiones eucarísticas pueden plantear interrogantes: ¿siguen siendo comunicativas? ¿No corren el riesgo de parecer folclore nostálgico? La experiencia de Don Bosco sugiere que la clave está en la calidad relacional más que en la cantidad de incienso o de ornamentos. Una procesión que involucra a familias, explica los símbolos, integra lenguajes artísticos contemporáneos y, sobre todo, se conecta con gestos concretos de solidaridad, mantiene una sorprendente fuerza profética. El reciente Sínodo sobre los jóvenes (2018) ha subrayado varias veces la importancia de “salir” y de “mostrar la fe con la carne”. La tradición salesiana, con su liturgia itinerante, ofrece un paradigma ya probado de “Iglesia en salida”.

Las procesiones eucarísticas no eran para Don Bosco simples tradiciones litúrgicas, sino verdaderos actos educativos, espirituales y sociales. Representaban una síntesis entre fe vivida, comunidad educativa y testimonio público. A través de ellas, Don Bosco formaba jóvenes capaces de adorar, respetar, servir y testimoniar.

Hoy, en un mundo fragmentado y distraído, reapropiarse del valor de las procesiones eucarísticas a la luz del carisma salesiano puede ser una forma eficaz de reencontrar el sentido de lo esencial: Cristo presente en medio de su pueblo, que camina con él, lo adora, lo sirve y lo anuncia.

En una época que busca autenticidad, visibilidad y relaciones, la procesión eucarística –si se vive según el espíritu de Don Bosco– puede ser un signo poderoso de esperanza y renovación.

Photo : Shutterstock

Don Bosco promotor de la “misericordia divina”

Siendo un sacerdote muy joven, Don Bosco publicó un volumen, en formato diminuto, titulado “Ejercicio de devoción a la misericordia de Dios”.

Todo comenzó con la marquesa de Barolo

La marquesa Giulia Colbert di Barolo (1785-1864), declarada Venerable por el Papa Francisco el 12 de mayo de 2015, cultivaba personalmente una especial devoción a la misericordia divina, por lo que hizo introducir la costumbre de una semana de meditaciones y oraciones sobre el tema en las comunidades religiosas y educativas que fundó cerca de Valdocco. Pero no se contentaba. Quería que esta práctica se

extendiera a otros lugares, especialmente en las parroquias, entre el pueblo. Pidió el consentimiento de la Santa Sede, que no sólo se la otorgó, sino que también concedió varias indulgencias a esta práctica devocional. Llegados a este punto, se trataba de hacer una publicación adecuada a tal fin.

Nos encontramos en el verano de 1846, cuando Don Bosco, superada la grave crisis de agotamiento que le había llevado al borde de la tumba, se había retirado a casa de Mamá Margarita en i Becchi para recuperarse y ahora se había “licenciado” a su apreciado servicio como capellán de una de las obras de Barolo, para gran disgusto de la propia marquesa. Pero “sus jóvenes” lo llamaron a la recién alquilada casa Pinardi.

En ese momento intervino el famoso patriota Silvio Pellico, secretario-bibliotecario de la marquesa y admirador y amigo de Don Bosco, que había puesto música a algunos de sus poesías. Las memorias salesianas cuentan que Pellico, con cierto atrevimiento, propuso a la marquesa que encargara a Don Bosco la publicación que le interesaba. ¿Qué hizo la marquesa? Aceptó, aunque no con demasiado entusiasmo. ¿Quién sabe? Quizás quería ponerlo a prueba. Y Don Bosco, también aceptó.

Un tema cercano a su corazón

El tema de la misericordia de Dios figuraba entre sus intereses espirituales, aquellos en los que se había formado en el seminario de Chieri y sobre todo en el Convitto de Turín. Sólo dos años antes había terminado de asistir a las lecciones de su compatriota San José Cafasso, apenas cuatro años mayor que él, pero su director espiritual, de quien seguía las predicaciones de los ejercicios espirituales para sacerdotes, aunque también formador de media docena de otros fundadores, algunos incluso santos. Pues bien, Cafasso, aunque hijo de la cultura religiosa de su época –hecha de prescripciones y de la lógica de “hacer el bien para escapar al castigo divino y merecer el Paraíso”- no perdía ocasión, tanto en su enseñanza como en su predicación, de hablar de la misericordia de Dios. ¿Y cómo no iba a hacerlo si se dedicaba

constantemente al sacramento de la penitencia y a asistir a los condenados a muerte? Tanto más cuanto que tal devoción indulgente constituía entonces una reacción pastoral contra el rigor del jansenismo que sostenía la predestinación de los que se salvaban.

Por tanto, Don Bosco, en cuanto regresó del campo a principios de noviembre, se puso manos a la obra, siguiendo las prácticas piadosas aprobadas por Roma y difundidas por todo el Piamonte. Con la ayuda de algunos textos que pudo encontrar fácilmente en la biblioteca del Convitto que conocía bien, a finales de año publicó a sus expensas un librito de 111 páginas, formato diminuto, titulado "[Ejercicio de devoción a la Misericordia de Dios](#)". Inmediatamente hizo homenaje a las niñas, mujeres y religiosas de las fundaciones de la Barolo. No está documentado, pero la lógica y la gratitud dirían que también se lo regaló a la marquesa Barolo, promotora del proyecto: pero la misma lógica y gratitud dirían que la marquesa no se dejó superar en generosidad, enviándole, quizá anónimamente como en otras ocasiones, una contribución propia a los gastos.

No hay espacio aquí para presentar el contenido "clásico" del libro de meditaciones y oraciones de Don Bosco; sólo queremos señalar que su principio básico es: "cada uno debe invocar la Misericordia de Dios para sí mismo y para todos los hombres, porque 'todos somos pecadores' [...] todos necesitados de perdón y de gracia [...] todos llamados a la salvación eterna".

Significativo es entonces el hecho de que al final de cada día de la semana Don Bosco, en la lógica del título "ejercicios devocionales", asigne una práctica de piedad: invitar a otros a participar, perdonar a los que nos han ofendido, hacer una mortificación inmediata para obtener de Dios misericordia para todos los pecadores, dar alguna limosna o sustituirla con la recitación de oraciones o jaculatorias, etc. El último día la práctica se sustituye por una simpática invitación, quizá incluso aludiendo a la marquesa de Barolo, a recitar "al menos un *Ave María* por la persona que ha

promovido esta devoción!".

Práctica educativa

Pero más allá de los escritos con fines edificantes y formativos, cabe preguntarse cómo educaba concretamente Don Bosco a sus jóvenes para confiar en la misericordia divina. La respuesta no es difícil y podría documentarse de muchas maneras. Nos limitaremos a tres experiencias vitales vividas en Valdocco: los sacramentos de la Confesión y Comunión y su figura de "padre lleno de bondad y amor".

La Confesión

Don Bosco inició a la vida cristiana adulta a cientos de jóvenes de Valdocco. ¿Pero con qué medios? Dos en particular: la Confesión y la Comunión.

Don Bosco, como sabemos, es uno de los grandes apóstoles de la Confesión, y esto se debe en primer lugar a que ejerció plenamente este ministerio, al igual que, por lo demás, su maestro y director espiritual Cafasso, mencionado anteriormente, y la admirada figura de su casi contemporáneo el santo cura de Ars (1876-1859). Si la vida de este último, como se ha escrito, "transcurrió en el confesionario" y la del primero pudo ofrecer muchas horas del día ("el tiempo necesario") para escuchar en confesión a "obispos, sacerdotes, religiosos, laicos eminentes y gente sencilla que acudían a él", la de Don Bosco no pudo hacer lo mismo debido a las numerosas ocupaciones en las que estaba inmerso. Sin embargo, se ponía a disposición de los jóvenes (y de los salesianos) en el confesionario cada día que se celebraban servicios religiosos en Valdocco o en las casas salesianas, o en ocasiones especiales.

Había empezado a hacerlo en cuanto terminó de "aprender a ser sacerdote" en el Convitto (1841-1844), cuando los domingos reunía a los jóvenes en el oratorio itinerante del bienio, cuando iba a confesar al santuario de la Consolata o a las parroquias piemontesas a las que era invitado, cuando

aprovechaba los viajes en carruaje o en tren para confesar a los cocheros o a los pasajeros. No dejó de hacerlo hasta el último momento, cuando invitado a no cansarse con las confesiones, respondía que a esas alturas era lo único que podía hacer por sus jóvenes. Y ¡cuál fue su pena cuando, por razones burocráticas y malentendidos, su licencia para confesar no fue renovada por el arzobispo! Los testimonios sobre Don Bosco como confesor son innumerables y, de hecho, la famosa fotografía que le representa en el acto de confesar a un joven rodeado de tantos otros que esperan hacerlo, debió de gustar al propio santo, que tal vez tuvo la idea de la misma, y que aún hoy sigue siendo un icono significativo e imborrable de su figura en el imaginario colectivo.

Pero más allá de su experiencia como confesor, Don Bosco fue un incansable promotor del sacramento de la Reconciliación, divulgó su necesidad, su importancia, la utilidad de su frecuencia, señaló los peligros de una celebración carente de las condiciones necesarias, ilustró las formas clásicas de abordarlo fructíferamente. Lo hizo a través de conferencias, buenas noches, consignas ingeniosos y palabritas al oído, circulares a los jóvenes en los colegios, cartas personales y la narración de numerosos sueños que tenían por objeto la confesión, bien o mal hecha. De acuerdo con su inteligente práctica catequética, les contaba episodios de conversiones de grandes pecadores, y también sus propias experiencias personales al respecto.

Don Bosco, profundo conocedor del alma juvenil, para inducir a todos los jóvenes al arrepentimiento sincero, utilizaba el amor y la gratitud hacia Dios, presentado en su infinita bondad, generosidad y misericordia. En cambio, para sacudir los corazones más fríos y endurecidos, describe los posibles castigos del pecado e impresiona saludablemente sus mentes con vívidas descripciones del juicio divino y del Infierno. Pero incluso en estos casos, no satisfecho con llevar a los muchachos al dolor por sus pecados, intenta hacerles ver la necesidad de la misericordia divina, una disposición importante para anticipar su perdón incluso antes

de la confesión sacramental. Don Bosco, como de costumbre, no entra en disquisiciones doctrinales, sólo le interesa una confesión sincera, que cure terapéuticamente la herida del pasado, recomponga el tejido espiritual del presente para un futuro de "vida de gracia".

Don Bosco cree en el pecado, cree en el pecado grave, cree en el infierno y de su existencia habla a lectores y oyentes. Pero también está convencido de que Dios es misericordia en persona, por eso ha dado al hombre el sacramento de la Reconciliación. Pues, aquí insiste en las condiciones para recibirlo bien, y sobre todo en el confesor como "padre" y "médico" y no tanto como "doctor y juez": "El confesor sabe que sigue siendo más grande que tus faltas la misericordia de Dios que te concede el perdón con su intervención" ([Referencia biográfica sobre el jovencito Magone Miguel](#), pp. 24-25).

Según las memorias salesianas, a menudo sugería a sus jóvenes que invocaran la misericordia divina, que no se desanimaran después de pecar, sino que volvieran a confesarse sin miedo, confiando en la bondad del Señor y tomando luego firmes resoluciones para el bien.

Como "educador en el campo de la juventud", Don Bosco sentía la necesidad de insistir menos en el *ex opere operato* y más en el *ex opere operantis*, es decir, en las disposiciones del penitente. En Valdocco todos se sentían invitados a hacer una buena confesión, todos sentían el riesgo de las malas confesiones y la importancia de hacer una buena confesión; muchos de ellos sintieron entonces que vivían en una tierra bendecida por el Señor. No en vano, la misericordia divina había hecho que un joven difunto se despertara después de que se hubieran expuesto las cortinas del funeral para que pudiera confesar (a Don Bosco) sus pecados.

En resumen, el sacramento de la confesión, bien explicado en sus características específicas y celebrado con frecuencia, fue quizá el medio más eficaz por el que el santo piamontés llevó a sus jóvenes a confiar en la inmensa misericordia de Dios.

La Comunión

Mas también la Comunión, el segundo pilar de la pedagogía religiosa de Don Bosco, servirá a este objetivo.

Don Bosco es ciertamente uno de los mayores promotores de la práctica sacramental de la Comunión frecuente. Su doctrina, inspirada en el pensamiento de la contrarreforma, daba más importancia a la Comunión que a la celebración litúrgica de la Eucaristía, aunque en su frecuencia allí había estado una evolución. En los primeros veinte años de su vida sacerdotal, en la huella de San Alfonso, pero también en la del Concilio de Trento y antes aún en la de Tertuliano y San Agustín, propuso la Comunión semanal, o varias veces por semana o incluso diaria según la perfección de las disposiciones correspondientes a las gracias del sacramento. Domingo Savio, en Valdocco había empezado a confesarse y comulgar a cada quince días, pasó luego a hacerlo cada semana, después tres veces por semana y finalmente, tras un año de intenso crecimiento espiritual, todos los días, obviamente siempre siguiendo el consejo de su confesor, el propio Don Bosco.

Más tarde, en la segunda mitad de los años sesenta, Don Bosco, basándose en sus experiencias pedagógicas y en una fuerte corriente teológica a favor de la Comunión frecuente, que tenía como líderes al obispo francés de Ségur y al prior de Génova Fr. Giuseppe Frassinetti, pasó a invitar a sus jóvenes a comulgar más a menudo, convencido de que permitía dar pasos decisivos en la vida espiritual y favorecía su crecimiento en el amor a Dios. Y en caso de imposibilidad de la Comunión sacramental diaria, sugería la Comunión espiritual, tal vez durante una visita al Santísimo Sacramento, tan apreciada por san Alfonso. Sin embargo, lo importante era mantener la conciencia en estado de poder comulgar todos los días: la decisión correspondía en cierto modo al confesor.

Para Don Bosco, toda Comunión recibida dignamente –ayuno prescrito, estado de gracia, voluntad de desprenderse del pecado, una hermosa acción de gracias posterior- anula las

faltas cotidianas, fortalece el alma para evitarlas en el futuro, aumenta la confianza en Dios y en su infinita bondad y misericordia; además es fuente de gracia para triunfar en la escuela y en la vida, es ayuda para soportar los sufrimientos y superar las tentaciones.

Don Bosco cree que la Comunión es una necesidad para que los “buenos” se mantengan como tales y para que los “malos” se conviertan en “buenos”. Es para los que quieren hacerse santos, no para los santos, como la medicina se da a los enfermos. Obviamente, sabe que la asistencia por sí sola no es un indicio seguro de bondad, ya que hay quienes la reciben muy tibiamente y por costumbre, sobre todo porque la propia superficialidad de los jóvenes no les permite a menudo comprender toda la importancia de lo que hacen.

Con la Comunión, pues, se pueden implorar del Señor gracias particulares para uno mismo y para los demás. Las cartas de Don Bosco están llenas de peticiones a sus jóvenes para que recen y comulguen según su intención, para que el Señor le conceda buen éxito en los “asuntos” de cada orden en los que se encuentra inmerso. Y lo mismo hacía con todos sus corresponsales, a los que invitaba a acercarse a este sacramento para obtener las gracias solicitadas, mientras que él hacía lo propio en la celebración de la Santa Misa.

Don Bosco se preocupaba mucho de que sus muchachos crecieran alimentados por los sacramentos, pero también quería el máximo respeto a su libertad. Y dejó instrucciones precisas a sus educadores en su tratado sobre el Sistema Preventivo: “Nunca obliguéis a los jóvenes a asistir a los santos sacramentos, sino sólo animadles y dadles el consuelo de aprovecharlos”.

Al mismo tiempo, sin embargo, se mantuvo firme en su convicción de que los sacramentos son de suma importancia. Escribió perentoriamente: “Digan lo que quieran sobre los diversos sistemas de educación, pero no encuentro ninguna base segura salvo en la frecuencia de la Confesión y la Comunión” ([El pastorcito de los Alpes, o sea vida del joven Besucco Francisci d'Argentera](#), 1864. p. 100).

Una paternidad y una misericordia hecha persona

La misericordia de Dios, actuante sobre todo en el momento de los sacramentos de la Confesión y la Comunión, encontraba entonces su expresión externa no sólo en un Don Bosco “padre confesor”, sino también “padre, hermano, amigo” de los jóvenes en la vida cotidiana ordinaria. Con cierta exageración podría decirse que su confianza con Don Bosco era tal que muchos de ellos apenas distinguían entre Don Bosco “confesor” y Don Bosco “amigo” y “hermano”; otros podían a veces intercambiar la acusación sacramental con las efusiones sinceras de un hijo hacia su padre; por otra parte, el conocimiento que Don Bosco tenía de los jóvenes era tal que con preguntas sobrias les inspiraba una confianza extrema y no pocas veces sabía hacer la acusación en su lugar.

La figura de Dios padre, misericordioso y providente, que a lo largo de la historia ha mostrado su bondad desde Adán hacia los hombres, justos o pecadores, pero todos necesitados de ayuda y objeto de cuidados paternales, y en cualquier caso todos llamados a la salvación en Jesucristo, se modula y refleja así en la bondad de Don Bosco “Padre de sus jóvenes”, que sólo quiere su bien, que no los abandona, siempre dispuesto a comprenderlos, compadecerlos, perdonarlos. Para muchos de ellos, huérfanos, pobres y abandonados, acostumbrados desde muy pequeños al duro trabajo diario, objeto de modestísimas manifestaciones de ternura, hijos de una época en la que lo que imperaba era la sumisión decidida y la obediencia absoluta a cualquier autoridad constituida, Don Bosco fue quizás la caricia jamás experimentada por un padre, la “ternura” de la que habla el Papa Francisco.

Conmueve todavía su carta a los jóvenes de la casa de Mirabello a finales de 1864: “Aquellas voces, aquellos vítores, aquel besarse y darse la mano, aquella sonrisa cordial, aquel hablarse del alma, aquel animarse recíprocamente a hacer el bien, son cosas que embalsaman mi corazón, y por eso no puedo pensar sin conmovirme hasta las lágrimas. Les diré [...] que sois la pupila de mis ojos” (Epistolario II editado por F. Motto II, car. n. 792).

Aún más conmovedora es su carta a los jóvenes de Lanzo del 3 de enero de 1876: "Permitidme que os diga, y que nadie se ofenda, que sois todos unos ladrones; lo digo y lo repito, me lo habéis quitado todo. Cuando estaba en Lanzo, me hechizasteis con vuestra benevolencia y cariñosa bondad, ligasteis las facultades de mi mente con vuestra piedad; aún me quedaba este pobre corazón, cuyos afectos ya me habíais robado por completo. Ahora vuestra carta marcada por 200 manos amistosas y queridísimas se ha apoderado de todo este corazón, al que no le queda más que un vivo deseo de amarlos en el Señor, de hacerles el bien y de salvar las almas de todos" (Epistolario III, car. n. 1389).

La bondad amorosa con la que trataba y quería que los salesianos trataran a los muchachos tenía un fundamento divino. Lo afirmaba citando una expresión de San Pablo: "La caridad es benigna y paciente; todo lo sufre, todo lo espera y todo lo soporta".

La amabilidad era, por tanto, un signo de misericordia y de amor divino que escapaba al sentimentalismo y a las formas de sensualidad por la caridad teológica que era su fuente. Don Bosco comunicaba este amor a muchachos particulares y también a grupos de ellos: "Que os tengo mucho afecto, no necesito decíroslo, os he dado pruebas claras de ello. Que vosotros también me amáis, no necesito decirlo, porque me lo habéis demostrado constantemente. Pero, ¿en qué se fundamenta este afecto mutuo nuestro? [...] Así pues, el bien de nuestras almas es el fundamento de nuestro afecto" (Epistolario II, car. n. 1148). El amor a Dios, el *primum* teológico, es, por tanto, el fundamento del *primum* pedagógico.

La amabilidad era también la traducción del amor divino en amor verdaderamente humano, hecho de sensibilidad correcta, cordialidad amable, afecto benévolo y paciente tendente a la comunión profunda del corazón. En definitiva, ese amor efectivo y afectivo que se experimenta de forma privilegiada en la relación entre el educando y el educador, cuando gestos de amistad y de perdón por parte del educador

inducen al joven, en virtud del amor que guía al educador, a abrirse a la confianza, a sentirse apoyado en su esfuerzo por superarse y comprometerse, a dar su consentimiento y a adherirse en profundidad a los valores que el educador vive personalmente y le propone. El joven comprende que esta relación le reconstruye y reestructura como hombre. La empresa más ardua del Sistema Preventivo es precisamente la de ganarse el corazón del joven, de gozar de su estima, de su confianza, de hacer de él un amigo. Si el joven no ama al educador, éste puede hacer muy poco del joven y por el joven.

Las obras de misericordia

Podríamos continuar ahora con las obras de misericordia, que el catecismo distingue entre obras corporales y espirituales, estableciendo dos grupos de siete. No sería difícil documentar cómo Don Bosco vivió, practicó y alentó la práctica de estas obras de misericordia y cómo con su “ser y obrar” constituyó de hecho un signo y un testimonio visible, con obras y palabras, del amor de Dios por los hombres. Por los límites de espacio, nos limitamos a indicar las posibilidades de investigación. Por cierto, se afirma que hoy parecen abandonadas también por la falsa oposición entre misericordia y justicia, como si la misericordia no fuera una forma típica de expresar aquel amor que, en cuanto tal, nunca puede contradecir a la justicia.

La inclusión social según Don Bosco

La clarividente propuesta de Don Bosco para los “menores no acompañados” de Roma.

La historia de la iglesia del Sagrado Corazón de Roma, hoy basílica, bastante frecuentada por personas que apresuradas transitan por la antigua estación Termini. Una historia cargada de problemas y dificultades de todo tipo para Don Bosco mientras la iglesia estaba en construcción (1880-1887), pero también un motivo de alegría y satisfacción una vez terminada (1887). Menos conocida es, sin embargo, la historia del origen de la “casa de caridad y beneficencia capaz de albergar al menos a 500 jóvenes” que Don Bosco quería construir junto a la iglesia. Una obra, una reflexión de gran actualidad... ¡hace 140 años! El propio Don Bosco nos la presentó en el número de enero de 1884 del Boletín Salesiano: “Hoy hay cientos y miles de niños pobres vagando por las calles y plazas de Roma, en peligro de fe y moral. Como ya ha señalado en otras ocasiones, muchos jóvenes, solos o con sus familias, vienen a esta ciudad no sólo de diversas partes de Italia, sino también de otras naciones, con la esperanza de encontrar trabajo y dinero; pero defraudadas sus expectativas, pronto caen en la miseria y en el riesgo de obrar mal y, en consecuencia, de ser llevados a las cárceles”.

Analizar la condición de los jóvenes en la “ciudad eterna” no era difícil: la preocupante situación de los “niños de la calle”, italianos o no, estaba a la vista de todos, de las autoridades civiles y eclesiásticas, de los ciudadanos romanos y de la multitud de “patanes” y extranjeros que habían llegado a la ciudad una vez declarada capital del Reino de Italia (1871). La dificultad radicaba en la solución que había que proponer y en la capacidad de ponerla en práctica una vez identificada.

Don Bosco, no siempre bien visto en la ciudad por su origen piemontés, propuso su solución a los Cooperadores: “El objetivo del Hospicio del Sagrado Corazón de Jesús sería acoger a jóvenes pobres y abandonados de cualquier ciudad de Italia o de cualquier otro país del mundo, educarlos en la ciencia y la religión, instruirlos en algún arte u oficio, y sacarlos así de la celda, para devolverlos a sus familias y a

la sociedad civil como buenos cristianos, honrados ciudadanos, capaces de ganarse honrosamente la vida con su propio trabajo”.

Adelantarse a los tiempos

Acogida, educación, formación para el trabajo, integración e inclusión social: ¿no es éste el objetivo prioritario de todas las políticas juveniles en favor de los inmigrantes hoy en día? Don Bosco tenía a su favor la experiencia en este sentido: durante 30 años en Valdocco recibían a jóvenes de diversas partes de Italia, durante algunos años en las casas salesianas de Francia hubo hijos de inmigrantes italianos y de otras nacionalidades, desde 1875 en Buenos Aires los salesianos se ocuparon espiritualmente de inmigrantes italianos procedentes de diversas regiones de Italia (décadas más tarde también se interesarían por Jorge Mario Bergoglio, el futuro Papa Francisco, hijo de inmigrantes piemonteses).

La dimensión religiosa

Naturalmente a Don Bosco le interesaba sobre todo la salvación del alma de los jóvenes, que requería la profesión de la fe católica: *“Extraecclesia nulla salus”*, como se decía. Y de hecho escribió: “Otros, pues, tanto de la ciudad como extranjeros a causa de su pobreza están expuestos diariamente al peligro de caer en manos de los protestantes, que, por así decirlo, han invadido la ciudad de San Pedro, y tienden especialmente sus emboscadas a los jóvenes pobres y necesitados, y bajo la apariencia de proporcionarles alimento y ropa para sus cuerpos, esparcen el veneno del error y la incredulidad a sus almas”.

Esto explica cómo en su proyecto educativo en Roma, quisiéramos decir, en su *“global compact on education”*, Don Bosco no descuida la fe. Un camino de verdadera integración en una “nueva” sociedad civil no puede excluir la dimensión religiosa de la población. El apoyo papal viene muy bien: un estímulo suplementario “para las personas que aman la religión y la sociedad”: “Este Hospicio es muy querido por el Santo

Padre León XIII, quien, mientras con celo apostólico se esfuerza por difundir la fe y la moral en todas las partes del mundo, no deja piedra sobre piedra en favor de los niños más expuestos al peligro. Por ello, este Hospicio debe ser querido en el corazón de todas las personas que aman la religión y la sociedad; debe ser especialmente querido en el corazón de nuestros Cooperadores, a quienes de manera especial el Vicario de Jesucristo confió la noble tarea del citado Hospicio y de la Iglesia anexa”.

Por último, en su llamamiento a la generosidad de los bienhechores para la construcción del Hospicio, Don Bosco no podía dejar de hacer una referencia explícita al Sagrado Corazón de Jesús, a quien estaba dedicada la iglesia anexa: “También podemos creer con certeza que este Hospicio será bien agradable al Corazón de Jesús... En la Iglesia anexa el divino Corazón será el refugio de los adultos, y en el Hospicio anexo se mostrará como el amigo cariñoso, el padre tierno de los niños. Tendrá en Roma cada día un grupo de 500 niños para hacerle una devota corona, rezarle, cantarle hosannas, pedirle su santa bendición”.

Nuevos tiempos, nuevas periferias

El hospicio salesiano, construido como escuela de artes y oficios y oratorio en las afueras de la ciudad – que en aquella época comenzaba en la Piazza della Repubblica -, fue absorbido más tarde por la expansión edilicia de la propia ciudad. La primitiva escuela para niños pobres y huérfanos se trasladó a un nuevo suburbio en 1930 y fue sustituida en etapas sucesivas por varios tipos de escuelas (elemental, media, gimnasio, liceo). También acogió durante un tiempo a estudiantes salesianos que asistían a la Universidad Gregoriana y a algunas facultades del Ateneo Salesiano. Siempre siguió siendo parroquia y oratorio, así como sede de la Inspectoría Romana. Durante mucho tiempo albergó algunas oficinas nacionales y ahora es la sede de la Congregación Salesiana: estructuras que han animado y animan las casas salesianas nacidas y crecidas en su mayoría en las periferias

de cientos de ciudades, o en las “periferias geográficas y existenciales” del mundo, como dijo el Papa Francisco. Como el Sagrado Corazón de Roma, que aún conserva un pequeño signo del gran “sueño” de Don Bosco: ofrece primeros auxilios a los inmigrantes extracomunitarios y, con el “Banco de talentos” del Centro Juvenil, proporciona alimentos, ropa y artículos de primera necesidad a las personas sin hogar de la estación de Termini.

El Vicario del Rector Mayor. Don Stefano Martoglio

Tenemos la alegría de anunciar que Don Stefano Martoglio ha sido reelegido como Vicario del Rector Mayor.

Los capitulares lo han elegido hoy con mayoría absoluta y desde el primer escrutinio.

Auguramos un fructífero apostolado a Don Stefano y le aseguramos nuestras oraciones.

Rectores Mayores de la Congregación Salesiana

La Congregación Salesiana, fundada en 1859 por San Juan Bosco, ha tenido a su guía un superior general llamado, ya desde los tiempos de Don Bosco, Rector Mayor. La figura del Rector Mayor es central en el liderazgo de la congregación, fungiendo como

guía espiritual y centro de unidad no solo de los salesianos sino también de toda la Familia Salesiana. Cada Rector Mayor ha contribuido de modo único a la misión salesiana, afrontando los desafíos de su tiempo y promoviendo la educación y la vida espiritual de los jóvenes. Hagamos un breve resumen de los Rectores Mayores y de los desafíos que han tenido que afrontar.

San Juan Bosco (1859-1888)

San Juan Bosco, fundador de la Congregación Salesiana, encarnó cualidades distintivas que han plasmado la identidad y la misión de la orden. Su profunda fe y confianza en la Divina Providencia lo hicieron un líder carismático, capaz de inspirar y guiar con visión y determinación. Su dedicación incansable a la educación de los jóvenes, especialmente de los más necesitados, se manifestó a través del innovador Sistema Preventivo, basado en razón, religión y amabilidad. Don Bosco promovió un clima de familia en las casas salesianas, favoreciendo relaciones sinceras y fraternas. Su capacidad organizativa y su espíritu emprendedor llevaron a la creación de numerosas obras educativas. Su apertura misionera impulsó a la Congregación más allá de las fronteras italianas, difundiendo el carisma salesiano en el mundo. Su humildad y sencillez lo hicieron cercano a todos, ganándose la confianza y el afecto de colaboradores y jóvenes.

San Juan Bosco afrontó muchas dificultades. Tuvo que superar la incomprensión y la hostilidad de autoridades civiles y eclesiásticas, que a menudo desconfiaban de su método educativo y de su rápido crecimiento. Afrontó graves dificultades económicas al sostener las obras salesianas, a menudo contando solo con la Providencia. Gestionar jóvenes difíciles y formar colaboradores fiables fue una tarea ardua. Además, su salud, desgastada por el intenso trabajo y las continuas preocupaciones, fue un límite constante. A pesar de todo, afrontó cada prueba con fe inquebrantable, amor paterno por los jóvenes y una determinación incansable, llevando adelante la misión con esperanza.

1. Beato Michele Rua (1888-1910)

El ministerio de Rector Mayor del Beato Michele Rua se caracteriza por la fidelidad al carisma de Don Bosco, la consolidación institucional y la expansión misionera. Fue nombrado por Don Bosco como sucesor por orden del papa León XIII, en la audiencia del 24.10.1884. Después de la confirmación del Papa, el 24.09.1885, Don Bosco hizo pública su elección delante del Capítulo Superior.

Algunas características de su rectorado:

- actuó como «regla viviente» del sistema preventivo, manteniendo íntegro el espíritu educativo de Don Bosco a través de la formación, la catequesis y la dirección espiritual; fue un continuador del fundador;
- dirigió la Congregación en crecimiento exponencial, gestionando cientos de casas y miles de religiosos, con visitas pastorales en todo el mundo a pesar de problemas de salud;
- afrontó calumnias y crisis (como el escándalo de 1907) defendiendo la imagen salesiana;
- promovió a las Hijas de María Auxiliadora y a los Cooperadores, reforzando la estructura tripartita querida por Don Bosco;
- bajo su guía, los Salesianos pasaron de 773 a 4.000 miembros, y las casas de 64 a 341, extendiéndose en 30 naciones.

2. Don Paolo Albera (1910-1921)

El ministerio de Rector Mayor de Don Paolo Albera se distingue por la fidelidad al carisma de Don Bosco y la expansión misionera global. Elegido en el Capítulo General 11.

Algunas características de su rectorado:

- mantuvo íntegro el sistema preventivo, promoviendo la formación espiritual de los jóvenes salesianos y la difusión del Boletín Salesiano como instrumento de evangelización;
- afrontó los desafíos de la Primera Guerra Mundial, con salesianos movilizados (más de 2.000 llamados a las armas, 80 de ellos muertos en guerra) y casas transformadas en

hospitales o cuarteles, manteniendo la cohesión en la Congregación; este conflicto causó la suspensión del Capítulo General previsto e interrumpió muchas actividades educativas y pastorales;

- afrontó las consecuencias de esta guerra que generó un aumento de la pobreza y del número de huérfanos, requiriendo un compromiso extraordinario para acoger y sostener a estos jóvenes en las casas salesianas;

- abrió nuevas fronteras en África, Asia y América, enviando 501 misioneros en nueve expediciones *ad gentes* y fundando obras en Congo, China e India.

3. Beato Filippo Rinaldi (1922-1931)

El ministerio de Rector Mayor del Beato Filippo Rinaldi se caracteriza por la fidelidad al carisma de Don Bosco, la expansión misionera y la innovación espiritual. Elegido en el Capítulo General 12.

Algunas características de su rectorado:

- mantuvo íntegro el sistema preventivo, promoviendo la formación interior de los salesianos;

- envió a más de 1.800 salesianos a todo el mundo, fundó institutos misioneros y revistas, abriendo nuevas fronteras en África, Asia y América;

- instituyó la asociación de los Exalumnos y el primer Instituto secular salesiano (Voluntarias de Don Bosco), adaptando el espíritu de Don Bosco a las exigencias del primer Novecientos;

- reanimó la vida interior de la Congregación, exhortando a una «confianza ilimitada» en María Auxiliadora, herencia central del carisma salesiano;

- enfatizó la importancia de la formación espiritual y de la asistencia a los emigrantes, promoviendo obras de previsión y asociaciones entre trabajadores;

- durante su rectorado, los miembros pasaron de 4.788 a 8.836 y las casas de 404 a 644, evidenciando su capacidad organizativa y su celo misionero.

4. Don Pietro Ricaldone (1932-1951)

El ministerio de Rector Mayor de Don Pietro Ricaldone se caracteriza por la consolidación institucional, el compromiso durante la Segunda Guerra Mundial y la colaboración con las autoridades civiles. Elegido en el Capítulo General 14.

Algunas características de su rectorado:

- potenció las casas salesianas y los centros de formación, fundó la Universidad Pontificia Salesiana (1940) y cuidó la canonización de Don Bosco (1934) y Madre Mazzarello (1951);
- afrontó la Guerra Civil Española (1936-1939) que representó una de las principales dificultades, con persecuciones que golpearon duramente las obras salesianas en el país;
- sucesivamente afrontó la Segunda Guerra Mundial (1939-1945) causó ulteriores sufrimientos: muchos salesianos fueron deportados o privados de la libertad, y las comunicaciones entre la Casa Generalicia de Turín y las comunidades esparcidas por el mundo fueron interrumpidas; además, el advenimiento de regímenes totalitarios en Europa oriental llevó a la supresión de diversas obras salesianas;
- durante la guerra, abrió las estructuras salesianas a desplazados, judíos y partisanos, mediando para la liberación de prisioneros y protegiendo a quien estaba en peligro;
- promovió la espiritualidad salesiana a través de obras editoriales (ej. *Corona patrum salesiana*) e iniciativas a favor de los jóvenes marginados.

5. Don Renato Ziggiotti (1952-1965)

El ministerio de Rector Mayor de Don Renato Ziggiotti (1952-1965) se caracteriza por la expansión global, la fidelidad al carisma y el compromiso conciliar. Elegido en el Capítulo General 17.

Algunas características de su rectorado:

- fue el primer Rector Mayor en no haber conocido personalmente a Don Bosco y en renunciar al encargo antes de la muerte, demostrando gran humildad;
- durante su mandato, los salesianos pasaron de 16.900 a más de 22.000 miembros, con 73 inspectorías y casi 1.400 casas en

todo el mundo;

- promovió la construcción de la Basílica de San Juan Bosco en Roma y del santuario sobre el Colle dei Becchi (Colle Don Bosco), además del traslado del Pontificio Ateneo Salesiano en la capital;
- fue el primer Rector Mayor en participar activamente en las primeras tres sesiones del Concilio Vaticano II, anticipando la renovación de la Congregación y la implicación de los laicos;
- cumplió una empresa sin precedentes: visitó casi todas las casas salesianas e Hijas de María Auxiliadora, dialogando con miles de cofrades, a pesar de las dificultades logísticas.

6. Don Luigi Ricceri (1965-1977)

El ministerio de Rector Mayor de Don Luigi Ricceri se caracteriza por la renovación conciliar, la centralización organizativa y la fidelidad al carisma salesiano. Elegido en el Capítulo General 19.

Algunas características de su rectorado:

- adaptación post-conciliar: guio la Congregación en la actuación de las indicaciones del Concilio Vaticano II, promoviendo el Capítulo General Especial (1966) para la renovación de las Constituciones y la formación permanente de los salesianos;
- trasladó la Dirección General de Valdocco a Roma, separándola de la «Casa Madre» para integrarla mejor en el contexto eclesial;
- la revisión de las Constituciones y de los Reglamentos fue una tarea compleja, destinada a garantizar la adecuación a las nuevas directivas eclesiales sin perder la identidad originaria;
- potenció el rol de los Cooperadores y de los Exalumnos, reforzando la colaboración entre los diversos ramos de la Familia salesiana.

7. Don Egidio Viganò (1977-1995)

El ministerio de Rector Mayor de Don Egidio Viganò se

caracteriza por la fidelidad al carisma salesiano, el compromiso conciliar y la expansión misionera global. Elegido en el Capítulo General 21.

Algunas características de su rectorado:

- su participación como experto en el Concilio Vaticano II influyó significativamente en su obra, promoviendo la actualización de las Constituciones salesianas en línea con las directivas conciliares y guio la Congregación en la actuación de las indicaciones del Concilio Vaticano II;
- colaboró activamente con el papa san Juan Pablo II, convirtiéndose en su confesor personal, y participó en 6 sínodos de los obispos (1980-1994), reforzando el vínculo entre la Congregación y la Iglesia universal;
- profundamente ligado a la cultura latinoamericana (donde transcurrió 32 años), amplió la presencia salesiana en el Tercer Mundo, con un foco en justicia social y diálogo intercultural;
- fue el primer rector mayor elegido por tres mandatos consecutivos (con dispensa papal);
- potenció el rol de los Cooperadores y de los Exalumnos, promoviendo la colaboración entre los diversos ramos de la Familia salesiana;
- reforzó la devoción a María Auxiliadora, reconociendo la Asociación de los Devotos de María Auxiliadora como parte integrante de la Familia Salesiana;
- su dedicación a la investigación científica y al diálogo interdisciplinar lo llevó a ser considerado el «segundo fundador» de la Universidad Pontificia Salesiana;
- bajo su guía, la Congregación inició el «Proyecto África», expandiendo la presencia salesiana en el continente africano que dio muchos frutos.

8. Don Juan Edmundo Vecchi (1996-2002)

El ministerio de Rector Mayor de Don Juan Edmundo Vecchi se distingue por la fidelidad al carisma salesiano, el compromiso en la formación y la apertura a los desafíos del post-Concilio. Elegido en el Capítulo General 24.

Algunas características de su rectorado:

- es el primer Rector Mayor no italiano: hijo de inmigrantes italianos en Argentina, representó un cambio generacional y geográfico en la guía de la Congregación, abriendo a una perspectiva más global;
- promovió la formación permanente de los salesianos, subrayando la importancia de la espiritualidad y de la preparación profesional para responder a las exigencias de los jóvenes;
- promovió una renovada atención a la educación de los jóvenes, enfatizando la importancia de la formación integral y del acompañamiento personal;
- a través de las Cartas Circulares, exhortó a vivir la santidad en la cotidianidad, ligándola al servicio juvenil y al testimonio de Don Bosco;
- durante su enfermedad, continuó testimoniando fe y dedicación, ofreciendo reflexiones profundas sobre la experiencia del sufrimiento y de la ancianidad en la vida salesiana.

9. Don Pascual Chávez Villanueva (2002-2014)

El ministerio de Rector Mayor de Don Pascual Chávez Villanueva se distingue por la fidelidad al carisma salesiano, el compromiso en la formación y el compromiso en los desafíos de la globalización y de las transformaciones eclesiales. Elegido en el Capítulo General 25.

Algunas características de su rectorado:

- promovió la renovada atención a la comunidad salesiana como sujeto evangelizador, con prioridad a la formación espiritual y a la inculturación del carisma en los contextos regionales;
- relanzó el compromiso hacia los jóvenes más vulnerables, heredando el enfoque de Don Bosco, con particular atención a los oratorios de frontera y a las periferias sociales;
- cuidó la formación permanente de los salesianos, desarrollando estudios teológicos y pedagógicos ligados a la espiritualidad de Don Bosco, preparando el bicentenario de su nacimiento;

- guio la Congregación con un enfoque organizativo y dialogante, involucrando las diversas regiones y promoviendo la colaboración entre centros de estudio salesianos;
- promovió una mayor colaboración con los laicos, animando la corresponsabilidad en la misión salesiana y afrontando las resistencias internas al cambio.

10. Don Ángel Fernández Artime (2014-2024)

El ministerio de Don Ángel Fernández Artime se distingue por la fidelidad al carisma salesiano, y al papado. Elegido en el Capítulo General 27.

Algunas características de su rectorado:

- guio la Congregación con un enfoque inclusivo, visitando 120 países y promoviendo la adaptación del carisma salesiano a las diversas realidades culturales, manteniendo firme el vínculo con las raíces de Don Bosco;
- reforzó el compromiso hacia los jóvenes más vulnerables, de las periferias, heredando el enfoque de Don Bosco;
- afrontó los desafíos de la globalización y de las transformaciones eclesiales, promoviendo la colaboración entre centros de estudio y renovando los instrumentos de gobierno de la Congregación;
- promovió una mayor colaboración con los laicos, animando la corresponsabilidad en la misión educativa y pastoral;
- tuvo que afrontar la pandemia de COVID-19 que ha requerido adaptaciones en las obras educativas y asistenciales para continuar sirviendo a los jóvenes y a las comunidades en dificultad;
- tuvo que afrontar la gestión de los recursos humanos y materiales en un periodo de crisis vocacional y cambios demográficos;
- trasladó la Casa Generalicia de la Pisana a la obra fundada por Don Bosco, Sacro Cuore di Roma;
- su compromiso culminó en el nombramiento como Cardenal (2023) y a Pro-Prefecto del Dicasterio para los Institutos de Vida Consagrada (2025), marcando un reconocimiento de su influencia en la Iglesia universal.

Los Rectores Mayores de la Congregación Salesiana han desempeñado un rol fundamental en el crecimiento y en el desarrollo de la congregación. Cada uno de ellos ha aportado su propia contribución única, afrontando los desafíos de su tiempo y manteniendo vivo el carisma de San Juan Bosco. Su herencia continúa inspirando a las generaciones futuras de salesianos y jóvenes en todo el mundo, garantizando que la misión educativa de Don Bosco permanezca relevante y vital en el contexto contemporáneo.

Presentamos a continuación también una estadística de estos rectorados.

<i>Rector Mayor</i>	<i>Nacido el</i>	<i>Inicio del mandato del Rector Mayor</i>	<i>Elegido a los ... años</i>	<i>Fin del mandato del Rector Mayor</i>	<i>Rector Mayor por...</i>	<i>Vivió por... años</i>
BOSCO Giovanni	16.08.1815	18.12.1859	44	31.01.1888 (†)	28 años y 1 mes	72
RUA Michele	09.06.1837	31.01.1888	50	06.04.1910 (†)	22 años y 2 meses	72
ALBERA Paolo	06.06.1845	16.08.1910	65	29.10.1921 (†)	11 años y 2 meses	76
RINALDI Filippo	28.05.1856	24.04.1922	65	05.12.1931 (†)	9 años y 7 meses	75
RICALDONE Pietro	27.07.1870	17.05.1932	61	25.11.1951 (†)	19 años y 6 meses	81

ZIGGIOTTI Renato	09.10.1892	01.08.1952	59	27.04.1965 († 19.04.1983)	12 años y 8 meses	90
RICCERI Luigi	08.05.1901	27.04.1965	63	15.12.1977 († 14.06.1989)	12 años y 7 meses	88
VIGANO Egidio	29.06.1920	15.12.1977	57	23.06.1995 (†)	17 años y 6 meses	74
VECCHI Juan Edmundo	23.06.1931	20.03.1996	64	23.01.2002 (†)	5 años y 10 meses	70
VILLANUEVA Pasqual Chavez	20.12.1947	03.04.2002	54	25.03.2014	11 años y 11 meses	76
ARTIME Angel Fernandez	21.08.1960	25.03.2014	53	31.07.2024	10 años 4 meses	64

Don Bosco y la música

Para la educación de sus jóvenes, Don Bosco utilizaba mucho la música. Ya de niño le gustaba cantar. Como tenía una hermosa voz, el señor John Robert, cantor principal de la parroquia, le enseñó a cantar todavía. En pocos meses, Giovanni pudo entrar en la orquesta e interpretar partes musicales con excelentes resultados. Al mismo tiempo, empezó a practicar la «spinetta», que era el instrumento de cuerda pulsada con teclado, y también el violín (MB I, 232).

Sacerdote en Turín, ejerció de profesor de música de sus primeros oratorianos, formando poco a poco verdaderos coros que atraían con sus cantos la simpatía de los oyentes.

Tras la apertura del hospicio, puso en marcha una escuela de canto gregoriano y, con el tiempo, también llevó a sus jóvenes cantores a iglesias de la ciudad y de fuera de Turín para que interpretaran su repertorio.

Compuso alabanzas sagradas como la del Niño Jesús, *«Ah, cantemos al son del júbilo...»*. También inició a algunos de sus discípulos en el estudio de la música, entre ellos Don Giovanni Cagliero, que más tarde se hizo famoso por sus creaciones musicales, ganándose la estima de los expertos. En 1855 Don Bosco organizó la primera banda instrumental en el Oratorio.

Sin embargo, ¡no iba con el buen Don Bosco! Ya en los años sesenta incluyó en uno de sus Reglamentos un capítulo sobre las escuelas nocturnas de música en el que decía, entre otras cosas:

«A todo alumno músico se le exige una promesa formal de no ir a cantar o tocar en teatros públicos, ni en ninguna otra diversión en la que la Religión y las buenas costumbres pudieran verse comprometidas» (MB VII, 855).

Música para niños

A un religioso francés que había fundado un Oratorio festivo y le preguntó si era conveniente enseñar música a los niños, le respondió: *«¡Un Oratorio sin música es como un cuerpo sin alma!»*. (MB V, 347).

Don Bosco hablaba bastante bien el francés, aunque con cierta libertad gramatical y de expresión. A este respecto fue famosa una de sus respuestas sobre la música de los muchachos. El abad L. Mendre de Marsella, coadjutor de la parroquia de San José, le apreciaba mucho. Un día, se sentó a su lado durante un entretenimiento en el Oratorio de San León. Los pequeños músicos hacían de vez en cuando el taco. El abad, que sabía mucho de música, freía y chasqueaba cada desafinación. Don Bosco le susurró al oído en su francés:

«Monsieur Mendre, la musique de les enfants elle s'écoute avec le coeur et non avec les oreilles » (Señor Abad Mendre, la música de los niños se escucha con el corazón y no con los oídos). Más tarde, el abad recordó esa respuesta innumerables veces, revelando la sabiduría y la bondad de Don Bosco (MB XV, 76 n.2).

Todo esto no significa, sin embargo, que Don Bosco antepusiera la música a la disciplina en el Oratorio. Era siempre afable, pero no pasaba fácilmente por alto las faltas de obediencia. Durante algunos años había permitido a los jóvenes miembros de la banda dar un paseo y almorzar en el campo el día de Santa Cecilia. Pero en 1859, debido a algunos incidentes, empezó a prohibir tales diversiones. Los jóvenes no protestaron abiertamente, pero la mitad de ellos, incitados por un jefe que les había prometido obtener el permiso de Don Bosco, y esperando la impunidad, decidieron salir del Oratorio de todos modos y organizar un almuerzo por su cuenta antes de la fiesta de Santa Cecilia. Habían tomado esta decisión pensando que Don Bosco no se daría cuenta y no tomaría medidas. Así que fueron, en los últimos días de octubre, a comer a una posada cercana. Después de comer vagaron de nuevo por la ciudad y por la noche volvieron a cenar en el mismo lugar, regresando a Valdocco medio borrachos ya entrada la noche. Sólo el señor Buzzetti, invitado en el último momento, se había negado a unirse a aquellos desobedientes y avisó a Don Bosco. Éste declaró tranquilamente disuelta la banda y ordenó a Buzzetti que recogiera y guardara bajo llave todos los instrumentos y pensara en nuevos alumnos para iniciar la música instrumental. A la mañana siguiente, mandó llamar uno por uno a todos los músicos díscolos, lamentando ante cada uno de ellos que le hubieran obligado a ser muy estricto. Luego los devolvió a sus parientes o tutores, recomendando a algunos más necesitados a los talleres de la ciudad. Sólo uno de aquellos chicos traviosos fue aceptado más tarde, porque Don Rua aseguró a Don Bosco que era un muchacho inexperto que se había dejado engañar por sus compañeros. ¡Y Don Bosco lo mantuvo a prueba durante algún tiempo!

Pero con las penas no hay que olvidar los consuelos. El 9 de junio de 1868 fue una fecha memorable en la vida de Don Bosco y en la historia de la Congregación. La nueva Iglesia de María Auxiliadora, que él había construido con inmensos sacrificios, fue finalmente consagrada. Los asistentes a las solemnes celebraciones se sintieron profundamente conmovidos. Una multitud desbordante abarrotaba la hermosa iglesia de Don Bosco. El Arzobispo de Turín, Mons. Riccardi, celebró el rito solemne de la consagración. En el oficio vespertino del día siguiente, durante las Vísperas Solemnes, el coro de Valdocco entonó la gran antífona musicada por el P. Cagliero: *Sancta Maria succurre miseris*. La multitud de fieles estaba entusiasmada. Tres poderosos coros lo habían interpretado a la perfección. Ciento cincuenta tenores y bajos cantaron en la nave cerca del altar de San José, doscientos sopranos y contraltos se situaron en lo alto de la barandilla bajo la cúpula, un tercer coro, formado por otros cien tenores y bajos, se situó en la orquesta que entonces daba a la parte trasera de la iglesia. Los tres coros, conectados por un dispositivo eléctrico, mantenían la sincronía a las órdenes del Maestro. El biógrafo, presente en la representación, escribió más tarde:

En el momento en que todos los coros lograron una armonía, se produjo una especie de hechizo. Las voces se enlazaron y el eco las lanzó en todas direcciones, de modo que el público se sintió inmerso en un mar de voces, sin poder discernir cómo y de dónde procedían. Las exclamaciones que entonces se oyeron indicaban cómo todos se sentían subyugados por tan alta maestría. El mismo Don Bosco no podía contener su intensa emoción. Y él, que nunca en la iglesia, durante la oración, se permitía decir una palabra, dirigió sus ojos húmedos de lágrimas a un canónigo amigo suyo y en voz baja le dijo: «Querido Anfossi, ¿no crees que estás en el Paraíso?» (MB IX, 247-248).